

NAUFRAGIOS

DE

ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA,

Y

RELACION DE LA JORNADA QUE HIZO A LA FLORIDA

CON

EL ADELANTADO PÁNFILO DE NARVAEZ.

CAPITULO PRIMERO.

En que cuenta cuándo partió el armada, y los oficiales y gente que iba en ella.

A 17 dias del mes de junio de 1527 partió del puerto de Sant Lúcar de Barrameda el gobernador Pánfilo de Narvaez, con poder y mandado de vuestra majestad para conquistar y gobernar las provincias que están desde el rio de las Palmas hasta el cabo de la Florida, las cuales son en Tierra-Firme; y la armada que llevaba eran cinco navíos, en los cuales, poco mas ó menos, irian seiscientos hombres. Los oficiales que llevaba (porque de ellos se ha de hacer mencion) eran estos que aquí se nombran: Cabeza de Vaca, por tesorero y por alguacil mayor; Alonso Enriquez, contador; Alonso de Solís, por factor de vuestra majestad y por veedor; iba un fraile de la órden de Sant Francisco por comisario, que se llamaba fray Juan Suárez, con otros quatro frailes de la misma órden. Llegamos á la isla de Santo Domingo, donde estuvimos casi cuarenta y cinco dias, proveyendonos de algunas cosas necesarias, señaladamente de caballos. Aquí nos faltaron de nuestra armada mas de ciento y cuarenta hombres, que se quisieron quedar allí, por los partidos y promesas que los de la tierra les hicieron. De allí partimos, y llegamos á Santiago (que es puerto en la isla de Cuba), donde en algunos dias que estuvimos, el Gobernador se rehizo de gente, de armas y de caballos. Suscidió allí que un gentil-hombre que se llamaba Vasco Porcalles, vecino de la Trinidad (que es en la misma isla), ofresció de dar al Gobernador ciertos bastimentos que tenia en la Trinidad, que es cien leguas del dicho puerto de Santiago. El Gobernador, con toda la armada, partió para allá; mas llegados á un puerto que se dice Cabo de Santa Cruz, que es mitad del camino, parecióle, que era bien esperar allí, y enviar un navío que trujese aquellos bastimentos; y para esto mandó á un capitan Pantoja

que fuese allá con su navío, y que yo, para mas seguridad, fuese con él, y él quedó con quatro navíos, porque en la isla de Santo Domingo habia comprado un otro navío. Llegados con estos dos navíos al puerto de la Trinidad, el capitan Pantoja fué con Vasco Porcalles á la villa, que es una legua de allí, para rescebir los bastimentos: yo quedé en la mar con los pilotos, los cuales nos dijeron que con la mayor presteza que pudiésemos nos despachásemos de allí, porque aquel era un muy mal puerto, y se solian perder muchos navíos en él; y porque lo que allí nos sucedió fué cosa muy señalada, me pareció que no seria fuera del propósito y fin con que yo quise escrebir este camino, contarla aquí. Otro dia de mañana comenzó el tiempo á dar no buena señal, porque comenzó á llover, y el mar iba arreciando tanto, que aunque yo di licencia á la gente que saliese á tierra, como ellos vieron el tiempo que hacia y que la villa estaba de allí una legua, por no estar al agua y frío que hacia, muchos se volvieron al navío. En esto vino una canoa de la villa, en que me traian una carta de un vecino de la villa, rogándome que me fuese allá, y que me darian los bastimentos que hobiese y necesarios fuesen; de lo cual yo me excusé diciendo que no podia dejar los navíos. A mediodia volvió la canoa con otra carta, en que con mucha importunidad pedian lo mismo, y traian un caballo en que fuese; yo di la misma respuesta que primero habia dado, diciendo que no dejaria los navíos; mas los pilotos y la gente me rogaron mucho que fuese, porque diese priesa que los bastimentos se trujesen lo mas presto que pudiese ser, porque nos partiésemos luego de allí, donde ellos estaban con gran temor que los navíos se habian de perder si allí estuviesen mucho. Por esta razon yo determiné de ir á la villa, aunque primero que fuese, dejé proveido y mandado á los pilotos que si el sur, con que allí suelen perderse muchas veces los na-

vios, ventase, y se viesen en mucho peligro, diesen con los navíos al través, y en parte que se salvase la gente y los caballos; y con esto, yo salí, aunque quise sacar algunos conmigo, por ir en compañía; los cuales no quisieron salir, diciendo que hacia mucha agua y frío, y la villa estaba muy lejos; que otro día, que era domingo, saldrían, con el ayuda de Dios, á oír misa. A una hora después de yo salido, la mar comenzó á venir muy brava, y el norte fué tan recio, que ni los bateles osaron salir á tierra, ni pudieron dar en ninguna manera con los navíos al través, por ser el viento por la proa; de suerte que con muy gran trabajo, con dos tiempos contrarios, y mucha agua que hacia, estuvieron aquel día y el domingo hasta la noche. A esta hora el agua y la tempestad comenzó á crecer tanto, que no menos tormenta habia en el pueblo que en la mar, porque todas las casas y iglesias se caieron, y era necesario que anduviésemos siete ó ocho hombres abrazados unos con otros, para podernos amparar que el viento no nos llevase; y andando entre los árboles, no menos temor teniamos de ellos que de las casas, porque como ellos tambien caían, no nos matasen debajo. En esta tempestad y peligro anduvimos toda la noche, sin hallar parte ni lugar donde media hora pudiésemos estar seguros.

Andando en esto, oímos toda la noche, especialmente desde el medio de ella, mucho estruendo y grande ruido de voces, y gran sonido de cascabeles y de flautas y tamborinos y otros instrumentos, que duraron hasta la mañana, que la tormenta cesó. En estas partes nunca otra cosa tan medrosa se vió; yo hice una probanza de ello, cuyo testimonio envié á vuestra majestad. El lunes por la mañana bajamos al puerto, y no hallamos los navíos; vimos las boyas de ellos en el agua, á donde conocimos ser perdidos, y anduvimos por la costa por ver si halláramos alguna cosa de ellos; y como ninguno hallásemos, metimnos por los montes; y andando por ellos, un cuarto de legua de agua hallamos la barquilla de un navío puesta sobre unos árboles, y diez leguas de allí por la costa se hallaron dos personas de mi navío, y ciertas tapas de cajas, y las personas tan desfiguradas de los golpes de las peñas, que no se podían conocer; halláronse tambien una capa y una colcha hecha pedazos, y ninguna otra cosa pareció. Perdiéronse en los navíos sesenta personas y veinte caballos. Los que habían salido á tierra el día que los navíos allí llegaron, que serian hasta treinta, quedaron de los que en ambos navíos habia. Así estuvimos algunos días con mucho trabajo y necesidad, porque la provision y mantenimientos que el pueblo tenia se perdieron, y algunos ganados; la tierra quedó tal, que era gran lástima verla: caídos los árboles, quemados los montes, todos sin hojas ni yerba. Así pasamos hasta 3 días del mes de noviembre, que llegó el Gobernador con sus cuatro navíos, que tambien habían pasado gran tormenta, y tambien habían escapado por haberse metido con tiempo en parte segura. La gente que en ellos traía, y la que allí halló, estaban tan atemorizados de lo pasado, que temian mucho tornarse á embarcar en invierno, y rogaron al Gobernador que lo pasase allí; y él, vista su voluntad y la de los vecinos, invernaó allí. Dióme á mí cargo de los navíos y de la gente, para que me fuese con

ellos á invernar al puerto de Xagua, que es doce leguas de allí, donde estuve hasta 20 días del mes de hebrero.

CAPITULO II.

Cómo el Gobernador vino al puerto de Xagua, y trujo consigo á un piloto.

En este tiempo llegó allí el Gobernador con un bergantín que en la Trinidad compró, y traía consigo un piloto que se llamaba Miruelo; habíalo tomado porque decia que sabia y habia estado en el río de las Palmas, y era muy buen piloto de toda la costa del norte. Dejaba tambien comprado otro navío en la costa de la Habana, en el cual quedaba por capitán Alvaro de la Cerda, con cuarenta hombres y doce de caballo; y dos días después que llegó el Gobernador, se embarcó, y la gente que llevaba eran cuatrocientos hombres y ochenta caballos en cuatro navíos y un bergantín. El piloto que de nuevo habíamos tomado metió los navíos por los bajíos que dicen de Canarreo, de manera que otro día dimos en seco, y así estuvimos quince días, tocando muchas veces las quillas de los navíos en seco; al cabo de los cuales, una tormenta del sur metió tanta agua en los bajíos, que podimos salir, aunque no sin mucho peligro. Partidos de aquí, y llegados á Guaniguanico, nos tomó otra tormenta, que estuvimos á tiempo de perdernos. A cabo de Corrientes tuvimos otra, donde estuvimos tres días; pasados estos, doblamos el cabo de Sant Anton, y anduvimos con tiempo contrario hasta llegar á doce leguas de la Habana; y estando otro día para entrar en ella, nos tomó un tiempo de sur, que nos apartó de la tierra, y atravesamos por la costa de la Florida, y llegamos á la tierra martes 12 días del mes de abril, y fuimos costeando la via de la Florida; y Jueves Santo surgimos en la misma costa, en la boca de una bahía, al cabo de la cual vimos ciertas casas y habitaciones de indios.

CAPITULO III.

Cómo llegamos á la Florida.

En este mismo día salió el contador Alonso Enriquez, y se puso en una isla que está en la misma bahía, y llamó á los indios, los cuales vinieron y estuvieron con él buen pedazo de tiempo, y por via de rescate le dieron pescado y algunos pedazos de carne de venado. Otro día siguiente, que era Viernes Santo, el Gobernador se desembarcó con la mas gente que en los bateles que traía pudo sacar; y como llegamos á los buñíos ó cascas que habíamos visto de los indios, hallámoslas desamparadas y solas, porque la gente se habia ido aquella noche en sus canoas. El uno de aquellos buñíos era muy grande, que cabrian en él mas de trecientas personas; los otros eran mas pequeños, y hallamos allí una sonaja de oro entre las redes. Otro día el Gobernador levantó pendones por vuestra majestad, y tomó la posesion de la tierra en su real nombre, presentó sus provisiones, y fué obedecido por gobernador, como vuestra majestad lo mandaba. Asimismo presentamos nosotros las nuestras ante él, y él las obedeció como en ellas se contenia. Luego mandó que toda la otra gente desembarcase, y los caballos que habían quedado, que no eran mas de cuarenta y dos, porque los demás, con

las grandes tormentas y mucho tiempo que habían andado por la mar, eran muertos; y estos pocos que quedaron estaban tan flacos y fatigados, que por el presente poco provecho podíamos tener de ellos. Otro día los indios de aquel pueblo vinieron á nosotros, y aunque nos hablaron, como nosotros no teniamos lengua, no los entendiamos; mas haciannos muchas señas y amenazas, y nos pareció que nos decian que nos fuésemos de la tierra; y con esto nos dejaron, sin que nos hiciesen ningun impedimento, y ellos se fueron.

CAPITULO IV.

Cómo entramos por la tierra.

Otro día adelante el Gobernador acordó de entrar por la tierra, por descubrirla y ver lo que en ella habia. Fuimnos con él el comisario y el veedor y yo, con cuarenta hombres, y entre ellos seis de caballo, de los cuales poco nos podíamos aprovechar. Llevamos la via del norte, hasta que á hora de visperas llegamos á una bahía muy grande, que nos pareció que entraba mucho por la tierra; quedamos allí aquella noche, y otro día nos volvimos donde los navíos y gente estaban. El Gobernador mandó que el bergantín fuese costeando la via de la Florida, y buscarse el puerto que Miruelo el piloto habia dicho que sabia; mas ya él lo habia errado, y no sabia en qué parte estábamos, ni adónde era el puerto; y fuéle mandado al bergantín que si no lo hallase, travesase á la Habana, y buscarse el navío que Alvaro de la Cerda tenia, y tomados algunos bastimentos, nos viniesen á buscar. Partido el bergantín, tornamos á entrar en la tierra los mismos que primero, con alguna gente mas, y costeamos la bahía que habíamos hallado; y andadas cuatro leguas, tomamos cuatro indios, y mostrámosles maíz para ver si lo conocian; porque hasta entonces no habíamos visto señal de él. Ellos nos dijeron que nos llevarian donde lo habia; y así, nos llevaron á su pueblo, que es al cabo de la balía, cerca de allí, y en él nos mostraron un poco de maíz, que aun no estaba para cogerse. Allí hallamos muchas cajas de mercaderes de Castilla, y en cada una de ellas estaba un cuerpo de hombre muerto, y los cuerpos cubiertos con unos cueros de venados pintados. Al comisario le pareció que esto era especie de idolatría, y quemó las cajas con los cuerpos. Hallamos tambien pedazos de lienzo y de paño, y penachos que parecian de la Nueva-España; hallamos tambien muestras de oro. Por señas preguntamos á los indios de adónde habían habido aquellas cosas; señaláronnos que muy lejos de allí habia una provincia que se decia Apalache; en la cual habia mucho oro, y hacian seña de haber muy gran cantidad de todo lo que nosotros estimamos en algo. Decian que en Apalache habia mucho, y tomando aquellos indios por guia, partimos de allí; y andadas diez ó doce leguas, hallamos otro pueblo de quince casas, donde habia buen pedazo de maíz sembrado, que ya estaba para cogerse, y tambien hallamos alguno que estaba ya seco; y después de dos días que allí estuvimos, nos volvimos donde el contador y la gente y navíos estaban, y contamos al contador y pilotos lo que habíamos visto, y las nuevas que los indios nos habían dado. Y otro día, que fué 1.º de mayo, el Gobernador llamó aparte al co-

misario y al contador y al veedor y á mí, y á un marinero que se llamaba Bartolomé Fernandez, y á un escribano que se decia Jerónimo de Alaniz, y así juntos, nos dijo que tenia en voluntad de entrar por la tierra adentro, y los navíos se fuesen costeando hasta que llegasen al puerto, y que los pilotos decian y creian que yendo la via de las Palmas, estaban muy cerca de allí, y sobre esto nos rogó le diésemos nuestro parecer. Yo respondia que me parecia que por ninguna manera debia dejar los navíos sin que primero quedasen en puerto seguro y poblado, y que mirase que los pilotos no andaban ciertos, ni se afirmaban en una misma cosa, ni sabian á qué parte estaban; y que allende de esto, los caballos no estaban para que en ninguna necesidad que se ofreciese nos pudiésemos aprovechar de ellos; y que sobre todo esto, íbamos mudos y sin lengua, por donde mal nos podíamos entender con los indios, ni saber lo que de la tierra queriamos, y que entráramos por tierra de que ninguna relacion teniamos, ni sabiamos de qué suerte era, ni lo que en ella habia, ni de qué gente estaba poblada, ni á qué parte de ella estábamos; y que sobre todo esto, no teniamos bastimentos para entrar adonde no sabiamos; porque, visto lo que en los navíos habia, no se podia dar á cada hombre de racion para entrar por la tierra, mas de una libra de bizcocho y otra de tocino, y que mi parecer era que se debia embarcar y ir á buscar puerto y tierra que fuese mejor para poblar, pues la que habíamos visto, en sí era tan despoblada y tan pobre, cuanto nunca en aquellas partes se habia hallado. Al comisario le pareció todo lo contrario, diciendo que no se habia de embarcar, sino que, yendo siempre hácia la costa, fuesen en busca del puerto, pues los pilotos decian que no estaría sino diez ó quince leguas de allí la via de Pánuco, y que no era posible, yendo siempre á la costa, que no topásemos con él, porque decian que entraba doce leguas adentro por la tierra, y que los primeros que lo hallasen, esperasen allí á los otros, y que embarcarse era tentar á Dios, pues desde que partimos de Castilla tantos trabajos habíamos pasado, tantas tormentas, tantas pérdidas de navíos y de gente habíamos tenido hasta llegar allí; y que por estas razones él se debia de ir por luengo de costa hasta llegar al puerto, y que los otros navíos, con la otra gente, se irian la misma via hasta llegar al mismo puerto. A todos los que allí estaban pareció bien que esto se hiciese así, salvo al escribano, que dijo que primero que desamparase los navíos, los debia de dejar en puerto conocido y seguro, y en parte que fuese poblada; que esto hecho, podria entrar por la tierra adentro y hacer lo que le pareciese. El Gobernador siguió su parecer y lo que los otros le aconsejaban. Yo, vista su determinacion, requeríle de parte de vuestra majestad que no dejase los navíos sin que quedasen en puerto y seguros, y así lo pedí por testimonio al escribano que allí teniamos. El respondió que, pues él se conformaba con el parecer de los mas de los otros oficiales y comisario, que yo no era parte para hacerle estos requerimientos, y pidió al escribano le diese por testimonio cómo por no haber en aquella tierra mantenimientos para poder poblar, ni puerto para los navíos, levantaba el pueblo que allí habia ascen-

ado, y iba con él en busca del puerto, y de tierra que fuese mejor; y luego mandó aperebir la gente que había de ir con él, que se proveyesen de lo que era menester para la jornada; y después de esto proveído, en presencia de los que allí estaban, me dijo que, pues yo tanto estorbaba y temía la entrada por la tierra, que me quedase y tomase cargo de los navios y la gente que en ellos quedaba, y poblase si yo llegase primero que él. Yo me excusé de esto, y después de salidos de allí aquella misma tarde, diciendo que no le parecía que de nadie se podía fiar aquello, me envió á decir que me rogaba que tomase cargo de ello; y viendo que importunándome tanto, yo todavía me excusaba, me preguntó qué era la causa por que huía de aceptallo; á lo cual respondí que yo huía de encargarme de aquello porque tenía por cierto y sabía que él no había de ver mas los navios, ni los navios á él, y que esto entendía viendo que tan sin aparejo se entraban por la tierra adentro, y que yo quería mas aventurarme al peligro que él y los otros se aventuraban, y pasar por lo que él y ellos pasasen, que no encargarme de los navios, y dar ocasion que se dijese que, como había contradicho la entrada, me quedaba por temor, y mi honra anduviese en disputa; y que yo quería mas aventurar la vida que poner mi honra en esta condicion. El, viendo que conmigo no aprovechaba, rogó á otros muchos que me hablasen en ello y me lo rogasen; á los cuales después respondí lo mismo que á él; y así, proveyó por su teniente, para que quedase en los navios, á un alcalde que traía, que se llamaba Caravallo.

CAPITULO V.

Cómo dejó los navios el Gobernador.

Sábado 1.º de mayo, el mismo día que esto había pasado, mandó dar á cada uno de los que habían de ir con él dos libras de bizcocho y media libra de tocino, y así nos partimos para entrar en la tierra. La suma de toda la gente que llevábamos era treientos hombres: en ellos iba el comisario fray Juan Suarez, y otro fraile que se decía fray Juan de Palos, y tres clérigos y los oficiales. La gente de caballo que con estos íbamos, éramos cuarenta de caballo; y así anduvimos con aquel bastimento que llevábamos, quince días, sin hallar otra cosa que comer, salvo palmitos de la manera de los de Andalucía. En todo este tiempo no hallamos indio ninguno, ni vimos casa ni poblado, y al cabo llegamos á un río que lo pasamos con muy gran trabajo á nado y en balsas; detuvimos un día en pasarlo; que traía muy gran corriente. Pasados á la otra parte, salieron á nosotros hasta docientos indios, poco mas ó menos; el Gobernador salió á ellos, y después de haberlos hablado por señas, ellos nos señalaron de suerte, que nos hobimos de revolver con ellos, y prendimos cinco ó seis, y estos nos llevaron á sus casas, que estaban hasta media legua de allí, en las cuales hallamos gran cantidad de maíz que estaba ya para cogerse, y dimos infinitas gracias á nuestro Señor por habernos socorrido en tan gran necesidad, porque ciertamente, como éramos nuevos en los trabajos, allende del cansancio que traíamos, veníamos muy fatigados de hambre, y á tercero día que allí llegamos, nos juntamos el contador y veedor y

comisario y yo, y rogamos al Gobernador que enviase á buscar la mar, por ver si halláramos puerto, porque los indios decían que la mar no estaba muy lejos de allí. El nos respondió que no curásemos de hablar en aquello, porque estaba muy lejos de allí; y como yo era el que mas le importunaba, díjome que me fuese yo á descubrir la y que buscase puerto, y que había de ir á pie con cuarenta hombres; y así, otro día yo me parti con el capitán Alonso del Castillo y con cuarenta hombres de su compañía, y así anduvimos hasta hora de mediodía, que llegamos á unos placeles de la mar que parecía que entraban mucho por la tierra: anduvimos por ellos hasta legua y media con el agua hasta la mitad de la pierna, pisando por encima de ostiones, de los cuales rescibimos muchas cuchilladas en los pies, y nos fueron causa de mucho trabajo, hasta que llegamos en el río que primero habíamos atravesado, que entraba por aquel mismo ancon, y como no lo podimos pasar, por el mal aparejo que para ello teníamos, volvimos al real, y contamos al Gobernador lo que habíamos hallado, y cómo era menester otra vez pasar por el río por el mismo lugar que primero lo habíamos pasado, para que aquel ancon se descubriese bien, y viésemos si por allí había puerto; y otro día mandó á un capitán que se llamaba Valenzuela, que con sesenta hombres y seis de caballo pasase el río y fuese por él abajo hasta llegar á la mar, y buscar si había puerto; el cual, después de dos días que allá estuvo, volvió y dijo que él había descubierto el ancon, y que todo era bahía baja hasta la rodilla, y que no se hallaba puerto; y que había visto cinco ó seis canoas de indios que pasaban de una parte á otra, y que llevaban puestos muchos penachos. Sabido esto, otro día partimos de allí, yendo siempre en demanda de aquella provincia que los indios nos habían dicho Apalache, llevando por guía los que de ellos habíamos tomado, y así anduvimos hasta 17 de junio, que no hallamos indios que nos osasen esperar; y allí salió á nosotros un señor que le traía un indio á cuestas, cubierto de un cuero de venado pintado: traía consigo mucha gente, y delante de él venían tañendo unas flautas de caña; y así, llegó do estaba el Gobernador, y estuvo una hora con él, y por señas le dimos á entender que íbamos á Apalache, y por las que él hizo nos pareció que era enemigo de los de Apalache, y que nos iría á ayudar contra él. Nosotros le dimos cuentas y cascabeles y otros rescates, y él dió al Gobernador el cuero que traía cubierto; y así, se volvió, y nosotros lo fuimos siguiendo por la vía que él iba. Aquella noche llegamos á un río, el cual era muy hondo y muy ancho, y la corriente muy recia, y por no atrevernos á pasar, con balsas hicimos una canoa para ello, y estuvimos en pasarlo un día; y si los indios nos quisieran ofender, bien nos pudieran estorbar el paso, y aun con ayudarnos ellos, tuvimos mucho trabajo. Uno de caballo, que se decía Juan Velazquez, natural de Cuéllar, por no esperar entró en el río, y la corriente, como era recia, lo derribó del caballo, y se asió á las riendas, y ahogó á sí y al caballo; y aquellos indios de aquel señor, que se llamaba Dulchanchellin, hallaron el caballo, y nos dijeron dónde halláramos á él por el río abajo; y así, fueron por él, y su muerte nos dió mucha pena, por-

que hasta entonces ninguno nos había faltado. El caballo dió de cenar á muchos aquella noche. Pasados de allí, otro día llegamos al pueblo de aquel señor, y allí nos envió maíz. Aquella noche, donde iban á tomar agua nos flecharon un cristiano, y quiso Dios que no lo hirieron. Otro día nos partimos de allí sin que indio ninguno de los naturales pareciese, porque todos habían huido; mas yendo nuestro camino, parecieron indios, los cuales venían de guerra, y aunque nosotros los llamamos, no quisieron volver ni esperar; mas antes se retiraron, siguiéndonos por el mismo camino que llevábamos. El Gobernador dejó una celada de algunos de caballo en el camino, que como pasaron, salieron á ellos, y tomaron tres ó cuatro indios, y estos llevamos por guías de allí adelante; los cuales nos llevaron por tierra muy trabajosa de andar y maravillosa de ver, porque en ella hay muy grandes montes y los árboles á maravilla altos, y son tantos los que están caídos en el suelo, que nos embarazaban el camino de suerte, que no podíamos pasar sin rodear mucho y con muy gran trabajo; de los que no estaban caídos, muchos estaban hendidos desde arriba hasta abajo, de rayos que en aquella tierra caen, donde siempre hay muy grandes tormentas y tempestades. Con este trabajo caminamos hasta un día después de San Juan, que llegamos á vista de Apalache sin que los indios de la tierra nos sintiesen. Dimos muchas gracias á Dios por vernos tan cerca de él, creyendo que era verdad lo que de aquella tierra nos habían dicho, que allí se acabarían los grandes trabajos que habíamos pasado, así por el malo y largo camino para andar, como por la mucha hambre que habíamos padecido; porque aunque algunas veces halláramos maíz, las mas andábamos siete y ocho leguas sin toparlo; y muchos había entre nosotros que, allende del mucho cansancio y hambre, llevaban hechas llagas en las espaldas, de llevar las armas á cuestas, sin otras cosas que se ofrescían. Mas con vernos llegados donde deseábamos, y donde tanto mantenimiento y oro nos habían dicho que había, pareciónos que se nos había quitado gran parte del trabajo y cansancio.

CAPITULO VI.

Cómo llegamos á Apalache.

Llegados que fuimos á vista de Apalache, el Gobernador mandó que yo tomase nueve de caballo y cincuenta peones, y entrase en el pueblo, y así lo acometimos el veedor y yo; y entrados, no hallamos sino mujeres y muchachos; que los hombres á la sazón no estaban en el pueblo; mas de ahí á poco, andando nosotros por él, acudieron, y comenzaron á pelear, flechándonos, y mataron el caballo del veedor; mas al fin huyeron y nos dejaron. Allí hallamos mucha cantidad de maíz que estaba ya para cogerse, y mucho seco que tenían encerrado. Hallámosles muchos cueros de venados, y entre ellos algunas mantas de hilo pequeñas, y no buenas, con que las mujeres cubren algo de sus personas. Tenían muchos vasos para moler maíz. En el pueblo había cuarenta casas pequeñas y edificadas, bajas y en lugares abrigados, por temor de las grandes tempestades que continuamente en aquella tierra suele haber. El edificio es de paja, y están cercados de muy

espeso monte y grandes arboledas y muchos piélagos de agua, donde hay tantos y tan grandes árboles caídos, que embarazan, y son causa que no se puede por allí andar sin mucho trabajo y peligro.

CAPITULO VII.

De la manera que es la tierra.

La tierra, por la mayor parte, desde donde desembarcamos hasta este pueblo y tierra de Apalache, es llana; el suelo de arena y tierra firme; por toda ella hay muy grandes árboles y montes claros, donde hay nogales y laureles, y otros que se llaman liquidámbares, cedros, sabinas y encinas y pinos y robles, palmitos bajos, de la manera de los de Castilla. Por toda ella hay muchas lagunas, grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, parte por la mucha hondura, parte por tantos árboles como por ellas están caídos. El suelo de ellas es arena, y las que en la comarca de Apalache hallamos son muy mayores que las de hasta allí. Hay en esta provincia muchos maizales, y las casas están tan esparcidas por el campo, de la manera que están las de los Gelves. Los animales que en ellas vimos, son: venados de tres maneras, conejos y liebres, osos y leones, y otras salvajinas; entre los cuales vimos un animal que trae los hijos en una bolsa que en la barriga tiene; y todo el tiempo que son pequeños los trae allí, hasta que saben buscar de comer; y si acaso están fuera buscando de comer, y acude gente, la madre no huye hasta que los ha recogido en su bolsa. Por allí la tierra es muy fria; tiene muy buenos pastos para ganados; hay aves de muchas maneras, ansares en gran cantidad, patos, ánades, patos reales, dorales y garzotas y garzas, perdices; vimos muchos halcones, neblis, gavi-lanes, esmerejones, y otras muchas aves. Dos horas después que llegamos á Apalache, los indios que de allí habían huido vinieron á nosotros de paz, pidiéndonos á sus mujeres y hijos, y nosotros se los dimos; salvo que el Gobernador detuvo un cacique de ellos consigo, que fué causa por donde ellos fueron escandalizados; y luego otro día volvieron de guerra, y con tanto denuedo y presteza nos acometieron, que llegaron á nos poner fuego á las casas en que estábamos; mas como salimos, huyeron, y acogiéronse á las lagunas, que tenían muy cerca; y por esto, y por los grandes maizales que había, no les podimos hacer daño, salvo á uno que matamos. Otro día siguiente, otros indios de otro pueblo que estaba de la otra parte vinieron á nosotros y acometiéronnos de la misma arte que los primeros, y de la misma manera se escaparon, y también murió uno de ellos. Estuvimos en este pueblo veinte y cinco días, en que hicimos tres entradas por la tierra, y hallámosla muy pobre de gente y muy mala de andar, por los malos pasos y montes y lagunas que tenía. Preguntamos al cacique que les habíamos detenido, y á los otros indios que traíamos con nosotros, que eran vecinos y enemigos de ellos, por la manera y poblacion de la tierra, y la calidad de la gente, y por los bastimentos y todas las otras cosas de ella. Respondiéronnos cada uno por sí, que el mayor pueblo de toda aquella tierra era aquel Apalache, y que adelante había menos gente y muy mas pobre que ellos, y que la tierra era mal po-

blada y los moradores de ella muy repartidos; y que yendo adelante, había grandes lagunas y espesura de montes y grandes desiertos y despoblados. Preguntámosles luego por la tierra que estaba hacia el sur, qué pueblos y mantenimientos tenía. Dijeron que por aquella vía, yendo á la mar nueve jornadas, había un pueblo que llamaban Aute, y los indios de él tenían mucho maíz, y que tenían frisoles y calabazas, y que por estar tan cerca de la mar alcanzaban pescados, y que estos eran amigos suyos. Nosotros, vista la pobreza de la tierra, y las malas nuevas que de la población y de todo lo demás nos daban, y cómo los indios nos hacían continua guerra hiriéndonos la gente y los caballos en los lugares donde íbamos á tomar agua, y esto desde las lagunas, y tan á su salvo, que no los podíamos ofender, porque metidos en ellas nos flechaban, y mataron un señor de Tezcuco que se llamaba don Pedro, que el comisario llevaba consigo, acordamos de partir de allí, y ir á buscar la mar y aquel pueblo de Aute que nos habían dicho; y así, nos partimos á cabo de veinte y cinco días que allí habíamos llegado. El primero día pasamos aquellas lagunas y pasos sin ver indio ninguno; mas al segundo día llegamos á una laguna de muy mal paso, porque daba el agua á los pechos y había en ella muchos árboles caídos. Ya que estábamos en medio de ella, nos acometieron muchos indios que estaban abscondidos detrás de los árboles porque no los viésemos; otros estaban sobre los caídos, y comenzáronnos á flechar de manera, que nos hirieron muchos hombres y caballos, y nos tomaron la guía que llevábamos, antes que de la laguna saliésemos, y después de salidos de ella, nos tornaron á seguir, queriéndonos estorbar el paso; de manera que no nos aprovechaba salirnos afuera ni hacernos mas fuertes, y querer pelear con ellos, que se metían luego en la laguna, y desde allí nos herían la gente y caballos. Visto esto, el Gobernador mandó á los de caballo que se apeasen y les acometiesen á pié. El contador se apeó con ellos, y así los acometieron, y todos entraron á vueltas en una laguna, y así les ganamos el paso. En esta revuelta hubo algunos de los nuestros heridos, que no les valieron buenas arinas que llevaban; y hubo hombres este día que juraron que habían visto dos robles, cada uno de ellos tan grueso como la pierna por bajo, pasados de parte á parte de las flechas de los indios; y esto no es tanto de maravillar, vista la fuerza y maña con que los echan; porque yo mismo vi una flecha en un pié de un álamo, que entraba por él un gemo. Cuantos indios vimos desde la Florida aquí, todos son flecheros; y como son tan crecidos de cuerpo y andan desnudos, desde lejos parecen gigantes. Es gente á maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grandes fuerzas y ligereza. Los arcos que usan son gruesos como el brazo, de once ó doce palmos de largo, que flechan á docientos pasos con tan gran tiento, que ninguna cosa yerran. Pasados que fuimos de este paso, de ahí á una legua llegamos á otro de la misma manera, salvo que por ser tan larga, que duraba media legua, era muy peor: este pasamos libremente y sin estorbo de indios; que, como habían gastado en el primero toda la munición que de flechas tenían, no quedó con que osarnos acometer. Otro día

siguiente, pasando otro semejante paso, yo hallé rastro de gente que iba delante, y di aviso de ello al Gobernador que venía en la retaguarda; y así, aunque los indios salieron á nosotros, como íbamos apercebidos, no nos pudieron ofender; y salidos á lo llano, fuéronnos todavía siguiendo; volvimos á ellos por dos partes, y matámosles dos indios, y hiriéronme á mí y dos ó tres cristianos; y por acogerse nos al monte no les pudimos hacer mas mal ni daño. De esta suerte caminamos ocho días, y desde este paso que he contado, no salieron mas indios á nosotros hasta una legua adelante, que es lugar donde he dicho que íbamos. Allí, yendo nosotros por nuestro camino, salieron indios, y sin ser sentidos, dieron en la retaguarda, y á los gritos que dió un muchacho de un hidalgo de los que allí iban, que se llamaba Avellaneda, el Avellaneda volvió, y fué á socorrerlos, y los indios le acertaron con una flecha por el canto de las corazas, y fué tal la herida, que pasó casi toda la flecha por el pescuezo, y luego allí murió y lo llevamos hasta Aute. En nueve días de camino, desde Apalache hasta allí, llegamos. Y cuando fuimos llegados, hallamos toda la gente de él ida, y las casas quemadas, y mucho maíz y calabazas y frisoles, que ya todo estaba para emperezarse á coger. Descansamos allí dos días, y estos pasados, el Gobernador me rogó que fuese á descubrir la mar, pues los indios decían que estaba tan cerca de allí; ya en este camino la habíamos descubierto por un río muy grande que en él hallamos, á quien habíamos puesto por nombre el río de la Magdalena. Visto esto, otro día siguiente yo me partí á descubrirla, juntamente con el comisario y el capitán Castillo y Andrés Dorantes y otros siete de caballo y cincuenta peones, y caminamos hasta hora de vísperas, que llegamos á un ancon ó entrada de la mar, donde hallamos muchos ostiones, con que la gente holgó; y dimos muchas gracias á Dios por habernos traído allí. Otro día de mañana envié veinte hombres á que conociesen la costa y mirasen la disposición de ella; los cuales volvieron otro día en la noche, diciendo que aquellos ancones y bahías eran muy grandes y entraban tanto por la tierra adentro, que estorbaban mucho para descubrir lo que queríamos, y que la costa estaba muy lejos de allí. Sabidas estas nuevas, y vista la mala disposición y aparejo que para descubrir la costa por allí había, yo me volví al Gobernador, y cuando llegamos, hallámosle enfermo con otros muchos, y la noche pasada los indios habían dado en ellos y puéstolos en grandísimo trabajo, por la razón de la enfermedad que les había sobrevenido; también les habían muerto un caballo. Yo di cuenta de lo que había hecho y de la mala disposición de la tierra. Aquel día nos detuvimos allí.

CAPITULO VIII.

Cómo partimos de Aute.

Otro día siguiente partimos de Aute, y caminamos todo el día hasta llegar donde yo había estado. Fué el camino en extremo trabajoso, porque ni los caballos bastaban á llevar los enfermos, ni sabíamos qué remedio poner, porque cada día adolescian; que fué cosa de muy gran lástima y dolor ver la necesidad y trabajo en que estábamos. Llegados que fuimos, visto el poco re-

medio que para ir adelante había, porque no había dónde, ni aunque lo hubiera, la gente pudiera pasar adelante, por estar los mas enfermos, y tales, que pocos había de quien se pudiese haber algun provecho. Dejo aquí de contar esto mas largo, porque cada uno puede pensar lo que se pasaria en tierra tan extraña y tan mala, y tan sin ningun remedio de ninguna cosa, ni para estar ni para salir de ella. Mas como el mas cierto remedio sea Dios nuestro Señor, y de este nunca desconfiamos, sucedió otra cosa que agravaba mas que todo esto, que entre la gente de caballo se comenzó la mayor parte de ellos á ir secretamente, pensando hallar ellos por sí remedio, y desamparar al Gobernador y á los enfermos, los cuales estaban sin algunas fuerzas y poder. Mas, como entre ellos había muchos hijosdalgo y hombres de buena suerte, no quisieron que esto pasase sin dar parte al Gobernador y á los oficiales de vuestra majestad; y como les afeamos su propósito, y les pusimos delante el tiempo en que desamparaban á su capitán y los que estaban enfermos y sin poder, y apartarse sobre todo del servicio de vuestra majestad, acordaron de quedar, y que lo que fuese de uno fuese de todos, sin que ninguno desamparase á otro. Visto esto por el Gobernador, los llamó á todos y á cada uno por sí, pidiendo parecer de tan mala tierra, para poder salir de ella y buscar algun remedio, pues allí no lo había, estando la tercera parte de la gente con gran enfermedad, y creciendo esto cada hora, que teníamos por cierto todos lo estaríamos así; de donde no se podía seguir sino la muerte, que por ser en tal parte se nos hacia mas grave; y vistos estos y otros muchos inconvenientes, y tentados muchos remedios, acordamos en uno harto difícil de poner en obra, que era hacer navíos en que nos fuésemos. A todos pareció imposible, porque nosotros no los sabíamos hacer, ni había herramientas, ni hierro, ni fragua, ni estopa, ni pez, ni jarcias, finalmente, ni cosa ninguna de tantas como son menester, ni quien supiese nada para dar industria en ello, y sobre todo, no haber qué comer entre tanto que se hiciesen, y los que habían de trabajar de arte que habíamos dicho; y considerando todo esto, acordamos de pensar en ello mas de espacio, y cesó la plática aquel día, y cada uno se fué, encomendándolo á Dios nuestro Señor, que lo encaminase por donde él fuese mas servido. Otro día quiso Dios que uno de la compañía vino diciendo que él haría unos cañones de palo, y con unos cueros de venado se barían unos fuelles, y como estábamos en tiempo que cualquiera cosa que tuviese alguna sobrehoz de remedio, nos parecía bien, dijimos que se pusiese por obra; y acordamos de hacer de los estribos y espuelas y ballestas, y de las otras cosas que había, los clavos y sierras y hachas, y otras herramientas, de que tanta necesidad había para ello; y dimos por remedio que para haber algun mantenimiento en el tiempo que esto se hiciese, se hiciesen cuatro entradas en Aute con todos los caballos y gente que pudiesen ir, y que á tercero día se matase un caballo, el cual se repartiese entre los que trabajaban en la obra de las barcas y los que estaban enfermos; las entradas se hicieron con la gente y caballos que fué posible, y en ellas se trajeron hasta cuatrocientas banegas de maíz, aunque no sin contiendas y pendencias con los

indios. Hecimos coger muchos palmitos para aprovecharnos de la lana y cobertura de ellos, torciéndola y aderezándola para usar en lugar de estopa para las barcas; las cuales se comenzaron á hacer con un solo carpintero que en la compañía había, y tanta diligencia pusimos, que, comenzándolas á 4 días de agosto, á 20 días del mes de setiembre eran acabadas cinco barcas, de á veinte y dos codos cada una, calafeteadas con las estopas de los palmitos, y breámoslas con cierta pez de alquitran que hizo un griego, llamado don Teodoro, de unos pinos; y de la misma ropa de los palmitos, y de las colas y crines de los caballos, hecimos cuerdas y jarcias, y de las nuestras camisas velas, y de las sabinas que allí había, hecimos los remos que nos pareció que era menester; y tal era la tierra en que nuestros pecados nos habían puesto, que con muy gran trabajo podíamos hallar piedras para lastre y anclas de las barcas, ni en toda ella habíamos visto ninguna. Desollamos también las piernas de los caballos enteras, y curtimos los cueros de ellas para hacer botas en que llevásemos agua. En este tiempo algunos andaban cogiendo marisco por los rincones y entradas de la mar, en que los indios, en dos veces que dieron en ellos, nos mataron diez hombres á vista del real, sin que los pudiésemos socorrer, los cuales hallamos de parte á parte pasados con flechas; que, aunque algunos tenían buenas armas, no bastaron á resistir para que esto no se hiciese, por flechar con tanta destreza y fuerza como arriba he dicho, y á dicho y juramento de nuestros pilotos, desde la bahía, que pusimos nombre de la Cruz, hasta aquí anduvimos docientas y ochenta leguas, poco mas ó menos. En toda esta tierra no vimos sierra ni tuvimos noticia de ella en ninguna manera; y antes que nos embarcásemos, sin los que los indios nos mataron, se murieron mas de cuarenta hombres de enfermedad y hambre. A 22 días del mes de setiembre se acabaron de comer los caballos, que solo uno quedó, y este día nos embarcamos por esta orden: que en la barca del Gobernador iban cuarenta y nueve hombres; en otra que dió al contador y comisario iban otros tantos; la tercera dió al capitán Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, con cuarenta y ocho hombres, y otra dió á dos capitanes, que se llamaban Tellez y Peñalosa, con cuarenta y siete hombres. La otra dió al veedor y á mí con cuarenta y nueve hombres, y después de embarcados los bastimentos y ropa, no quedó á las barcas mas de un gemo de bordo fuera del agua, y allende de esto, íbamos tan apretados, que no nos podíamos menear; y tanto puede la necesidad, que nos hizo aventurar á ir de esta manera, y meternos en una mar tan trabajosa, y sin tener noticia de la arte del marear ninguno de los que allí iban.

CAPITULO IX.

Cómo partimos de bahía de Caballos.

Aquella bahía de donde partimos ha por nombre la bahía de Caballos, y anduvimos siete días por aquellos ancones, entrados en el agua hasta la cinta, sin señal de ver ninguna cosa de costa, y al cabo de ellos llegamos á una isla que estaba cerca de la tierra. Mi barca iba delante, y de ella vimos venir cinco canoas

de indios, los cuales las desampararon y nos las dejaron en las manos, viendo que íbamos á ellas; las otras barcas pasaron adelante, y dieron en unas casas de la misma isla, donde hallamos muchas lizas y huevos de ellas, que estaban secas; que fué muy gran remedio para la necesidad que llevábamos. Después de tomadas, pasamos adelante, y dos leguas de allí pasamos un estrecho que la isla con la tierra hacia, al cual llamamos de Sant Miguel por haber salido en su día por él; y salidos, llegamos á la costa, donde, con las cinco canoas que yo habia tomado á los indios, remediamos algo de las barcas, haciendo falcas de ellas, y añadiéndolas; de manera que subieron dos palmas de bordo sobre el agua; y con esto tornamos á caminar por luengo de costa la vía del río de Palmas, creciendo cada día la sed y la hambre, porque los bastimentos eran muy pocos y iban muy al cabo, y el agua se nos acabó, porque las botas que hecimos de las piernas de los caballos luego fueron podridas y sin ningún provecho; algunas veces entramos por ancones y bahías que entraban mucho por la tierra adentro; todas las hallamos bajas y peligrosas; y así anduvimos por ellas treinta días, donde algunas veces hallábamos indios pescadores, gente pobre y miserable. Al cabo ya de estos treinta días, que la necesidad del agua era en extremo, yendo cerca de costa, una noche sentimos venir una canoa, y como la vimos, esperamos que llegase, y ella no quiso hacer cara; y aunque la llamamos, no quiso volver ni aguardarnos, y por ser de noche no la seguimos, y fuimos nuestra vía; cuando amanesció vimos una isla pequeña, y fuimos á ella por ver si halláramos agua, mas nuestro trabajo fué en balde, porque no la habia. Estando allí surtos, nos tomó una tormenta muy grande, porque nos detuvimos seis días sin que osásemos salir á la mar; y como habia cinco días que no bebíamos, la sed fué tanta, que nos puso en necesidad de beber agua salada, y algunos se desatentaron tanto en ello, que súbitamente se nos murieron cinco hombres. Cuento esto así brevemente, porque no creo que hay necesidad de particularmente contar las miserias y trabajos en que nos vimos; pues considerando el lugar donde estábamos y la poca esperanza de remedio que teníamos, cada uno puede pensar mucho de lo que allí pasaría; y como vimos que la sed crecía y el agua nos mataba, aunque la tormenta no era cesada, acordamos de encomendarnos á Dios nuestro Señor, y aventurarnos antes al peligro de la mar que esperar la certinidad de la muerte que la sed nos daba; y así, salimos la vía donde habíamos visto la canoa la noche que por allí veníamos; y en este día nos vimos muchas veces anegados, y tan perdidos, que ninguno hubo que no tuviese por cierta la muerte. Plugo á nuestro Señor, que en las mayores necesidades suele mostrar su favor, que á puesta del sol volvimos una punta que la tierra hace, adonde hallamos mucha bonanza y abrigo. Salieron á nosotros muchas canoas, y los indios que en ellas venían nos hablaron, y sin querernos aguardar, se volvieron. Era gente grande y bien dispuesta, y no traían flechas ni arcos. Nosotros les fuimos siguiendo hasta sus casas, que estaban cerca de allí á la lengua del agua, y saltamos en tierra, y delante de las casas hallamos muchos cántaros de agua y

mucha cantidad de pescado guisado, y el señor de aquellas tierras ofresció todo aquello al Gobernador, y tomándolo consigo, lo llevó á su casa. Las casas de estos eran de esteras, que á lo que pareció eran estantes; y después que entramos en casa del Cacique, nos dió mucho pescado, y nosotros le dimos del maíz que traíamos, y lo comieron en nuestra presencia, y nos pidieron mas, y se lo dimos, y el Gobernador le dió muchos rescates; el cual, estando con el Cacique en su casa, á media hora de la noche súbitamente los indios dieron en nosotros y en los que estaban muy malos echados en la costa, y acometieron también la casa del Cacique, donde el Gobernador estaba, y lo hirieron de una piedra en el rostro. Los que allí se hallaron prendieron al Cacique; mas como los suyos estaban tan cerca, soltóseles y dejóles en las manos una manta de marlas cebelinas, que son las mejores que creo yo que en el mundo se podrían hallar, y tienen un olor que no parece sino de ámbar y almizcle, y alcanza tan lejos, que de mucha cantidad se siente; otras vimos allí, mas algunas eran tales como estas. Los que allí se hallaron, viendo al Gobernador herido, lo metimos en la barca, y hecimos que con él se recogiese toda la mas gente á sus barcas, y quedamos hasta cincuenta en tierra para contra los indios, que nos acometieron tres veces aquella noche, y con tanto ímpetu, que cada vez nos hacían retraer mas de un tiro de piedra. Ninguno hubo de nosotros que no quedase herido, y yo lo fui en la cara; y si, como se hallaron pocas flechas, estuvieran mas providos de ellas, sin dubda nos hicieran mucho daño. La última vez se pusieron en celada los capitanes Dorantes y Peñalosa y Tellez con quince hombres, y dieron en ellos por las espaldas, y de tal manera les hicieron huir, que nos dejaron. Otro día de mañana yo les rompí mas de treinta canoas, que nos aprovecharon para un norte que hacia, que por todo el día hubimos de estar allí con mucho frio, sin osar entrar en la mar, por la mucha tormenta que en ella habia. Esto pasado, nos tornamos á embarcar, y navegamos tres días; y como habíamos tomado poca agua, y los vasos que teníamos para llevar asimismo eran muy pocos, tornamos á caer en la primera necesidad; y siguiendo nuestra vía, entramos por un estero, y estando en él, vimos venir una canoa de indios. Como los llamamos, vinieron á nosotros, y el Gobernador, á cuya barca habian llegado, pidióles agua, y ellos la ofrescieron con que les diesen en que la trajesen; y un cristiano griego, llamado Doroteo Teodoro (de quien arriba se hizo mencion), dijo que queria ir con ellos; el Gobernador y otros se lo procuraron estorbar mucho, y nunca lo pudieron, sino que en todo caso queria ir con ellos; así se fué, y llevó consigo un negro, y los indios dejaron en rehenes dos de su compañía; y á la noche volvieron los indios y trajéronnos muchos vasos sin agua, y no trajeron los cristianos que habian llevado; y los que habian dejado por rehenes, como los otros los hablaron, quisieron echar al agua. Mas los que en la barca estaban los detuvieron; y así, se fueron huyendo los indios de la canoa, y nos dejaron muy confusos y tristes por haber perdido aquellos dos cristianos.

CAPITULO X.

De la refriega que nos dieron los indios.

Venida la mañana, vinieron á nosotros muchas canoas de indios, pidiéndonos los dos compañeros que en la barca habian quedado por rehenes. El Gobernador dijo que se los daría con que trajesen los dos cristianos que habian llevado. Con esta gente venian cinco ó seis señores, y nos pareció ser la gente mas bien dispuesta y de mas autoridad y concierto que hasta allí habíamos visto, aunque no tan grandes como los otros de quien habemos confiado. Traían los cabellos sueltos y muy largos, y cubiertos con mantas de marlas, de la suerte de las que atrás habíamos tomado, y algunas de ellas hechas por muy extraña manera, porque en ellas habia unos lazos de labores de unas pieles leonadas, que parecían muy bien. Rogábons que nos fuésemos con ellos, y que nos darían los cristianos y agua y otras muchas cosas; y contino acudían sobre nosotros muchas canoas, procurando de tomar la boca de aquella entrada; y así por esto como porque la tierra era muy peligrosa para estar en ella, nos salimos á la mar, donde estuvimos hasta mediodía con ellos. Y como no nos quisiesen dar los cristianos, y por este respeto nosotros no les diésemos los indios, comenzáronnos á tirar piedras con hondas y varas, con muestras de flecharnos, aunque en todos ellos no vimos sino tres ó cuatro arcos.

Estando en esta contienda, el viento refrescó, y ellos se volvieron y nos dejaron; y así, navegamos aquel día hasta hora de visperas, que mi barca, que iba delante, descubrió una punta que la tierra hacia, y del otro cabo se vía un río muy grande, y en una isleta que hacia la punta hice yo surgir por esperar las otras barcas. El Gobernador no quiso llegar, antes se metió por una bahía muy cerca de allí, en que habia muchas isletas, y allí nos juntamos, y desde la mar tomamos agua dulce, porque el río entraba en la mar de avenida, y por tostar algún maíz de lo que traíamos, porque ya habia dos días que lo comíamos crudo, saltamos en aquella isla; mas como no hallamos leña, acordamos de ir al río que estaba detrás de la punta, una legua de allí; y yendo, era tanta la corriente, que no nos dejaba en ninguna manera llegar, antes nos apartaba de la tierra, y nosotros trabajando y porfiando por tomarla. El norte que venia de la tierra comenzó á crecer tanto, que nos metió en la mar, sin que nosotros pudiésemos hacer otra cosa; y á media legua que fuimos metidos en ella, sondamos, y hallamos que con treinta brazas no podíamos tomar hondo, y no podíamos entender si la corriente era causa que no lo pudiésemos tomar; y así, navegamos dos días todavía, trabajando por tomar tierra; y al cabo de ellos, un poco antes que el sol saliese, vimos muchos humeros por la costa; y trabajando por llegar allá, nos hallamos en tres brazas de agua, y por ser de noche no osamos tomar tierra; porque como habíamos visto tantos humeros, creíamos que se nos podría recrescer algún peligro, sin nosotros poder ver, por la mucha obscuridad, lo que habíamos de hacer, y por esto determinamos de esperar á la mañana; y como amanesció, cada barca se halló por sí perdida de

las otras; yo me hallé en treinta brazas, y siguiendo mi viaje, á hora de visperas vi dos barcas, y como fui á ellas, vi que la primera á que llegué era la del Gobernador, el cual me preguntó qué me parecía que debíamos hacer. Yo le dije que debia recobrar aquella barca que iba delante, y que en ninguna manera la dejase, y que juntas todas tres barcas, siguiésemos nuestro camino donde Dios nos quisiese llevar. El me respondió que aquello no se podia hacer, porque la barca iba muy metida en la mar, y él queria tomar la tierra, y que si la queria yo seguir, que hiciese que los de mi barca tomasen los remos y trabajasen, porque con fuerza de brazos se habia de tomar la tierra, y esto le aconsejaba un capitán que consigo llevaba, que se llamaba Pantaja, diciéndole que si aquel día no tomaba la tierra, que en otros seis no la tomaría, y en este tiempo era necesario morir de hambre. Yo, vista su voluntad, tomé mi remo, y lo mismo hicieron todos los que en mi barca estaban para ello, y bogamos hasta casi puesto el sol; mas como el Gobernador llevaba la mas sana y recia gente que entre toda habia, en ninguna manera lo podimos seguir ni tener con ella. Yo, como vi esto, pedíle que, para poderle seguir, me diese un cabo de su barca; y el me respondió que no harían ellos poco si solos aquella noche pudiesen llegar á tierra. Yo le dije que, pues vía la poca posibilidad que en nosotros habia para poder seguirle y hacer lo que habia mandado, que me dijese qué era lo que mandaba que yo hiciese. El me respondió que ya no era tiempo de mandar unos á otros; que cada uno hiciese lo que mejor le pareciese que era para salvar la vida; que él así lo entendía de hacer; y diciendo esto, se alargó con su barca; y como no le pude seguir, arribé sobre la otra barca que iba metida en la mar, la cual me esperó; y llegado á ella, hallé que era la que llevaban los capitanes Peñalosa y Tellez; y así, navegamos cuatro días en compañía, comiendo por tasa cada día medio puño de maíz crudo. A cabo de estos cuatro días nos tomó una tormenta, que hizo perder la otra barca, y por gran misericordia que Dios tuvo de nosotros, no nos hundimos del todo, segun el tiempo hacia; y con ser invierno, y el frio muy grande, y tantos días que padescíamos hambre, con los golpes que de la mar habíamos recibido, otro día la gente comenzó mucho á desmayar, de tal manera, que cuando el sol se puso, todos los que en mi barca venían estaban caídos en ella, unos sobre otros, tan cerca de la muerte, que pocos habia que tuviesen sentido, y entre todos ellos á esta hora no habia cinco hombres en pié; y cuando vino la noche no quedamos sino el maestre y yo que pudiésemos marear la barca, y á dos horas de la noche el maestre me dijo que yo tuviese cargo de ella, porque él estaba tal, que creía aquella noche morir; y así, yo tomé el leme, y pasada media noche, yo llegué por ver si era muerto el maestre, y él me respondió que él antes estaba mejor, y que él gobernaría hasta el día. Yo cierto aquella hora de muy mejor voluntad tomara la muerte, que no ver tanta gente delante de mí de tal manera. Y después que el maestre tomó cargo de la barca, yo reposé un poco muy sin reposo, ni habia cosa mas lejos de mí entonces que el sueño. Y acerca del alba parecióme que oía el tumbo de la mar, porque,